

Gustavo Álvarez Gardeazábal



El resucitado

Ramsés Cruz nunca creyó que iban a detenerlo. Tenía todo para impedirlo: dinero a borbotones, influencias bien pagadas y jueces comprados. Le sobraban los obedientes y comunicativos generales del Ejército y la Policía y más de un poderoso gringo de la DEA que recibía mensualmente su paga. Se sentía protegido por una telaraña de comunicaciones capacitada para advertirle de cualquier movimiento en su contra. Fuera de eso, había resuelto moverse con lentitud de dromedario en sitios muy bien custodiados, lejos del ruido envidioso de las ambiciones, cerca de quienes darían con gusto su vida por salvar la suya. Tenía la firme convicción de que ni al gobierno le interesaba seguir metiendo capos a la cárcel ni a los gringos les era rentable expandir su dominio en esos antros en que terminaron convertidos los presidios norteamericanos. Pero lo que nunca pensó era que, cual torbellino imparable, la trampa del presidente Gaviria iba a

terminar atrapándolo y, lo que podía ser peor, convencándolo.

Mientras permaneció devanándose los sesos en las minas del cañón de Lituania, río Garrapatas adentro, y sus exportaciones y sus inversiones no fueron estrambóticas, ni siquiera le mandaron emisarios. No aparecía registrando ingresos tan monumentales como los de su cuñado ni mucho menos haciendo inversiones en las islas caribeñas o depositando fondos en Luxemburgo como su hermano. No había podido dejar de actuar como el montañero fundamentalista que siempre fue, por lo que el espectro de sus movimientos resultaba demasiado primitivo para que los maquinadores *yuppies* de Wall Street lo llegaran a tener en cuenta y muy inocuo para los contadores fiscalistas, a quienes el gobierno había puesto a sumar y restar opciones en su afán alcabalero de adueñarse del negocio. Menos que inquietaba a los señoritos bogotanos, preocupados por el avance desmedido de los provincianos arrasadores, quienes, libra de coca en mano, se estaban adueñando de los espacios que ellos, por siglos, mantuvieron con temor religioso. Jamás admitió que, con el tiempo, le iban a poner la lupa o le harían las cuentas de todo lo que exportaba. Se había hecho a la idea de que era intocable y tercamente no salió de ella, de tal manera que cuando llegaron los emisarios a plantearle lo mismo que les propusieron a sus otros congéneres solo atinó a pensar que había sido por su hermano —manoseado en todos los cocteles bogotanos y las revistas de sociedad— y por nadie más que lo buscaban. Para él, su hermano Radamés arrollaba sin necesidad las sumatorias, se codeaba ampulosa-

mente con los poderosos en Manhattan y cual faraón revivido recibía honores y suspicacias hipócritas. Nunca le pasó por la cabeza que había sido por su propia culpa y metodología, y por nada ni nadie más, que terminaron tentándolo, poniéndolo contra la pared, obligándolo a aceptar la propuesta de rendición.

«O se acoge o se acoge», acabaron diciéndole cuando todo fue por las buenas, y como no se acogió, siguió creyendo que no le iba a pasar nada. Estúpidamente pensaba que todo estaba bajo control, pero le siguieron la pista y, usando a los eternos traidores que todos ellos han tenido siempre a su alrededor alimentándolos como cuervos, lo pusieron a tiro de metralla.

Le cayeron una madrugada en que un dolor de muela lo sacó de lo profundo del cañón y se alistaba para ir donde Efraín Marmolejo, el odontólogo en Tuluá. Debían tenerlo muy pistiado porque apenas había alcanzado a dormir un par de horas cuando sintió la hecatombe. La primera en percibirlo fue Guadalupe. Fue ella también la que habló, aplacó el ánimo pendenciero de los escoltas y los bandidos de la seguridad, y a quien se le ocurrió negociar con la comisión de fiscales y policías judiciales que lo detenía. «Hagamos aparecer esto como una entrega voluntaria y nos comprometemos a que Radamés también se entregue», dice ella que les dijo con el mismo tono de madre abadesa que siempre ha adoptado para los momentos cumbres. No menciona que tuvo que pagarles toda la millonada que tenían en la caja fuerte del cuarto de la niña y menos la de inventarse un torrente de parafernalia para que el dramón montado se diluyera y simplemente se anunciara por

boletín de prensa que Ramsés Cruz se había entregado a la Fiscalía, acogiéndose al programa de colaboración con la justicia implementado por el gobierno.

Quizás si Guadalupe hubiese leído algo más que la revista *Vanidades* se habría dado cuenta de cuán difíciles y enredadas se estaban poniendo las cosas en Colombia y, en vez del dominio de emperatriz china, habría armado unos planes diferentes. Pero a ella, como a muchas de las mujeres de todos estos malditos, le dio por no oír sino a sus sirvientes o a las interminables cortes de explotadores que las seguían para una y otra parte, y sometidas indefectiblemente a la visión machista del negocio se fueron volviendo miopes frente a la realidad que se les venía encima. Por supuesto todas, empezando por ella, le creyeron al presidente Gaviria y a sus pactos, pero cuando vieron que a Pablo Escobar le hicieron su catedral privada para recluirlo y a su marido y a todos los demás los mandaron a manejar el torcido mundo de las cárceles, comenzaron a desfallecer en su empeño, a abrir los ojos y a darse cuenta de que habían caído en una fenomenal trampa. Tal vez desde ese momento se inició la búsqueda de una forma de escape y la huida se convirtió en una obsesión.

Inicialmente, la meta era asumir toda la culpa y conseguir todas las rebajas de pena que el plan gubernamental daba. Como tal, entonces, el esquema fue casi repetido. Se reconocía el carácter de narcotraficante. Se aceptaban las toneladas que hubiesen podido exportarse y, dentro de tal ámbito, los demás delitos sobre los cuales podría haber una sospecha cierta de participación también se reconocían para que los jueces espe-

ciales los interpretaran como conexos a la actividad de narcos y todo terminara cobijado por la casi amnistía que se estaba concediendo. Eso sí, y ahí estuvo buena parte de la trampa en que cayeron, el gobierno se reservaba el derecho de abrirles nuevos procesos y condenarlos a penas sin rebajas si no habían declarado los delitos que se les imputaban. Así les perdonaron no sé cuántas docenas de asesinatos y atropellos y limpiaron esa espantosa cochinada que ni la historia de los poderosos ni la mala memoria de los colombianos pueden borrar.

Ramsés Cruz ni la vio ni la olió. Guadalupe tal vez sí. Sin embargo, como los años pasaron y él fue el primero que se acogió a los beneficios y a la confesión anticipada, y le dieron el máximo permitido pero le abrieron también las puertas para que se acogiera a las rebajas de todo lo que obsequiaban como contraprestación, se tranquilizaron; así las cosas, Ramsés se dispuso a pagar la pena con suficiencia de indio derrotado.

Lo condenaron a catorce años, y como en aquel tiempo no existían cárceles de máxima seguridad lo tuvieron un tiempo largo en la Penitenciaría Nacional de Palmira, pero cuando llevaron allá a los otros capos y calentaron el parche lo redespacharon para la recién inaugurada cárcel de La Dorada, en la canícula del Magdalena Medio. Allí comienza esta historia.



Ramsés Cruz les temió mucho más a las sombras de la vida que a las de la muerte. Sin escrúpulos de ninguna naturaleza, sin más códigos de comportamiento que los que se iba inventando día tras día para sobrevivir, para ser más rico, para ser más poderoso, para ser más temido, usó la muerte como herramienta para triunfar, jugó con ella para representar fantasmas en el tablado histriónico de su cruel manera de entender la vida, y confundiendo muchas veces las historias que su madre le narró con las que se inventaba para aparentar una cultura que jamás pudo adquirir, montó, de su paso por el mundo, una tragedia isabelina en la que Essex y Estuardos cayeron por doquier mientras se levantaba el telón y se representaba la verdadera sinrazón de su existencia.

Apenas tenía cuatro años cuando su padre llegó por última vez con las manos ensangrentadas a esconderse de las nuevas tropas uniformadas que el gobierno de la



Junta Militar mandaba en su cacería. No había cumplido los cinco cuando lo vio gritando vivas al Partido Conservador mientras subía a la volqueta del municipio con las manos amarradas a una soga, desde donde lo cabestreaban. Iba tan impecablemente vestido como afeitado. Podía haber pasado casi un año encerrado en el sótano secreto del solar, huyendo de la persecución del Frente Nacional contra los pájaros conservadores, pero nunca dejó de afeitarse ni de bañarse y mucho menos de cambiarse la ropa diariamente, como si todavía estuviera pavoneándose por las calles armado de su Colt 44, sembrando el terror en nombre del general Pinilla. Así dizque lo vieron también subirse un mes después al barco de la Armada en Buenaventura, gritando con fuerza hercúlea más y más vivas al Partido Conservador, después de que en un juicio sumario lo condenaron a pasar quince años en la isla prisión de Gorgona.

Ramsés solo volvería a ver a su padre veinte años más tarde, la noche en que repleto con las primeras tinadas de su dinero fácil regresó a su pueblo natal trepado en el gigantesco escaparate de cedro fino que le llevaba a Betsabé y que, para sentar constancia pública, traía en el volco de una narco-Toyota, disparando al aire su pistola en medio de la algarabía alucinante de un mariachi que tocaba trompetas y violines y treinta o cuarenta de sus hombres montados a caballo cantando destempladamente rancheras de venganza, mientras se pasaban de mano en mano la botella de dieciocho años. Pero así hubiese visto a su padre durante cada uno de los días en que sintió como punzón en el alma su orfandad,

Ramsés no habría dejado de ser el que terminó siendo. Ni el recuerdo del esposo de Betsabé escondido en un frío sótano montañoso ni el inolvidable cuadro del viejo gritando vivas al Partido Conservador los iba a borrar de su memoria, y aun cuando muchos han querido mostrar lo contrario para exaltar su frustración y explicar su crueldad sin límites, Ramsés no fue más ni menos de lo que ha sido por culpa de esos episodios que le marcaron su recuerdo.

Desde cuando Betsabé lo mandó a la escuela José María Córdova de su pueblo (en casi todos los pueblos de Colombia hay una escuela que lleva su nombre, en honor del único general que se le rebeló a Bolívar), el crío rechonchito mostró los elementos fundamentales de su carácter, y aunque su mamá pretendió cada noche recordarle que mientras no estuviera su papá presente tenía que asumir las responsabilidades del hijo mayor, él prefería que le contara las historias de María Estuardo y del conde de Essex que ella había aprendido en el Colegio de las Madres Franciscanas de Tuluá y que en la escuela pueblerina nadie le iba a repetir. Nunca le preguntó a su madre, ni ella tampoco le contó, por qué su padre estaba condenado en la isla de Gorgona a quince años de cárcel, pero con la fama de intocable que se fue ganando entre sus compañeros de clase cuando a cada bravuconada respondía con fuertes puñetazos a la quijada de su contendor, le bastó para entender por qué le gritaban con ira o con temor quién había sido su papá y cuánto le seguían temiendo en el pueblo.

Eso sí, desde aquella época asumió sus responsabilidades, y aunque apenas tenía fuerzas para arrastrar la

olla del maíz cocido desde el patio donde la dejaban todas las noches al sereno hasta la cocina, donde su madre la convertía en las arepas del desayuno de la pensión El Rastrojero, Ramsés jamás dejó ni de madrugar ni de trabajar. Maniáticamente aferrado a una disciplina alemana que su madre le impuso como buena discípula de las monjas bávaras que le enseñaron en Tuluá, creía tanto en el orden cotidiano como en la maldición eterna que cargaban todos los cristianos del mundo de tener que trabajar día tras día en esta tierra para poder alcanzar la gloria celestial. Muchas veces, ya en la plenitud de su poder y su crueldad, se le oyó repetir a grito herido: «Los Cruz somos unos malditos. No nos bastó con llevar la cruz de ser católicos, apostólicos y romanos para cargar este maldito apellido, como si la única manera de escapar de la crucifixión sea trabajando de sol a sol...». Como tal, entonces, ayudó por casi quince años a levantar al resto de sus hermanos, escalonados uno tras otro como conejos de repisa, trabajando en lo que su cuerpo le iba permitiendo.

En su pueblo lo vieron de niño quintaleño repartiendo, muy a las seis de la mañana, las arepas calientes en las casas de la contrata o en las tiendas de las esquinas. Lo vieron de adolescente palatino pedaleando con fuerza inaudita, loma arriba y loma abajo, haciendo sonar el claxon del triciclo para instar a todos a comprarle la exquisita mazamorra de maíz curado que su madre preparaba para aumentar los mermados ingresos de El Rastrojero y que él cargaba en una olla gigantesca en la canasta del triciclo. Todos sus contemporáneos lo recuerdan con su grito estentóreo, pregonando su nom-

bre y no la mazamorra, unido al chillido de la trompeta del claxon que apretaba con la misma fuerza con la que daba cada pedalazo. Todos lo recuerdan pedaleando por las calles del pueblo, sudando la gota, ayudando a levantar a sus hermanos, a los hijos del tenebrosamente reseñado Martiniano Cruz.

Tal vez por ello nadie, ni siquiera los gringos imbéciles que lo persiguieron con tanta sevicia, osó ponerle sobrenombre alguno, y él, desde la escuela de su pueblo hasta el día en que lo trajeron al hospital de Zarzal para dizque hacerle la segunda autopsia, fue siempre Ramsés y nada más: Ramsés a secas.

Por supuesto, un niño que desde los cinco años asuma semejante papel y que mientras llegó a ser hombre no dejó de ejercerlo, marcando diariamente la vida de un pueblo tan pequeño, terminó por convertirse en un mito para todos sus coetáneos, y cuando las olas de las habladurías lo arrojaron y la estela sangrienta de su accionar le permitió un nicho en la imaginería popular, todos en su pueblo le perdonaron las equivocaciones que le achacaban y con mayor ímpetu lo mitificaron para que terminara siendo el rey. Por eso, cuando su padre volvió de la isla prisión y creyó que la gente del pueblo le iba a hacer el feo o lo iba a estigmatizar, nadie le paró bolas a Martiniano Cruz: su hijo le había robado el espacio, o eran tan pocos los testigos de su vibrante y criminal periplo como miembro de la chusma de los pájaros del Cóndor, como escasa era la memoria de un país que perdonó y olvidó para salir de una guerra tan atroz y despiadada como había podido ser también la que libró el papá de Ramsés.

Trabajó tanto para que sus hermanos pudieran comer y vestirse que fue muy poco lo que en verdad estudió en su niñez, aunque siempre dijo con sorna que mejor escuela que la José María Córdova de su pueblo no la hubo en toda Colombia, porque con lo que aprendió en cinco años de primaria pudo hacer mejores y más grandes negocios que todos los ricos juntos del Valle que estudiaron en Harvard y en el MIT. Y aunque seguramente tenía razón, la falta de cultura y conocimiento le pesó toda la vida, tanto que cuando terminó repitiendo los pasos de su padre y abrió su nicho en las cárceles para dizque acogerse al programa de redención que propuso el presidente de la república, se desbocó leyendo toneladas de libros y oyendo y viendo docenas de cursos por video y casetes.

Si bien su padre nunca hizo nada más que ser empleado público de los gobiernos conservadores y empuñar las armas para garantizar su permanencia en el poder, y ninguno de sus tíos llegó a ser dueño de algo más que una tienda o un hotel de pueblo, Ramsés, desde muy niño, tuvo un excepcional olfato para el ganado, y aun cuando debió pasar un cuarto de siglo de su acelerada existencia para poder hacerse con una finca donde meter todas las reses marcadas con la pirámide de sus antepasados, desde cuando llegaba con el triciclo de la mazamorra al matadero de su pueblo y escrutaba con avidez las formas y volúmenes del ganado que hacía turno para el desolladero, adquirió la desbordante capacidad de calcular pesos y ganancias de cuanto animal pasaba por sus ojos; además, en épocas como esas, en las que no había básculas en los corrales sino en la pesa

de la carnicería, se daba el lujo de calcular con bastante precisión el peso de una res, hasta el punto de que terminó por cobrar asesoría a los carniceros y ganaderos y de hacerse estimar como un conocedor absoluto de carnes y destajos.

Con la primera propina que le dieron el día en que acertó para Jonás, carnicero de Bitaco, el peso de un lote de veinte novillos, pudo ir hasta Tuluá a comprarse un par de tenis y unos bluyines Levi's, los primeros que usó en su vida. Desde entonces puso tarifa y usó bluyines, aun cuando no dejó el triciclo mazamorrero hasta que cumplió los dieciocho años y se aventó de lleno al mundo de los riesgos y las aventuras. Fue con esas comisiones ganadas a puro ojo como les cambió las catorce camas y colchones a las piezas de El Rastrojero, les renovó los manteles de cuadritos blancos y azules a los comedores y Betsabé pudo mandar a Radamés a estudiar al Académico de Cartago.

No perdió jamás la costumbre de velar por los suyos ni cuando tenía que madrugar a asar arepas o a pedalear el triciclo con la olla gigantesca de mazamorra. Mucho menos cuando los billetes verdes con la efigie de George Washington o de Benjamín Franklin pasaban por sus manos como torrentes desbordados. Era casi como una tentación insaciable. Y aun cuando al oficializarse su muerte nadie entendió por qué dejó por testamento la mitad de su fortuna en manos del hospicio para ancianos de La Hondura, todos supimos que con la cuarta parte que les dejó en el fondo de fidecomiso a sus sobrinos y al pobre de Radamés tendrían con qué vivir generación tras generación, porque el mandato lo hizo por

cien años. Por supuesto, partía de la base de que la plata la había conseguido junto con Betsabé para que los demás se la gastaran, y como ella no alcanzó a disfrutarla y a él no le quedó tiempo de enseñarles a conseguirla o a no malbaratarla por estar trabajando tanto, respondió siempre por ellos en esta vida y, pese a que lo declararon oficialmente muerto, sigue respondiendo.

Nadie registra la verdad de sus comienzos en los negocios vertiginosos porque todos, sin excepción, se regodean contando su transcurrir como excelente hijo de una madre casi viuda, sus trajines indecibles de niño quitinoso vendiendo mazamorra o arepas o adivinando el peso de los novillos. Nadie quiere recordar si tuvo novia o si las putas del parque de arriba le enseñaron los secretos del amor. Para todos los sobrevivientes de ese pueblo, para los hijos y para algunos nietos de quienes fueron testigos de su afanada juventud, nada hay que recordar de Ramsés que contraríe su mito o que pueda generar la ira de sus parientes, por más acuscam-bados que estén hoy en día borrándose con lija de agua hasta las últimas letras de su apellido. Para ellos, como para todos los habitantes del cañón, Ramsés Cruz no ha muerto, y desde donde se encuentre los está vigilando con la misma astucia y la misma ubicuidad con que lo hizo mientras vivió dando vueltas por Colombia, embo-rrachándose en el bar El Rastrojero o pudriéndose en la celda de una cárcel.

Celoso como pocos, cuidó de los suyos, sobreprote-gió a sus mujeres y no le perdonó jamás ningún desliz a la Guadalupe de sus amores, no porque ella no pudiera escapar del cerco yemení que le impuso, sino porque

él no podía concebir, en su amplísima mentalidad de hombre de negocios exitoso, que la mamá de sus hijos estuviera en manos de otro hombre. Tal vez por ello nunca tuvo hijos por fuera del vientre de Guadalupe, aunque en más de una borrachera durmió con cinco o seis mujeres que le hacían el amor en coro, repitiendo letanías celestiales o hurgándole hasta la más profunda de sus sensibilidades. También fue celoso con Betsabé mientras ella vivió y, de manera exagerada, casi otélica, durante todos los días de todos los años del encierro de su papá en la isla prisión de Gorgona.

Furioso como los huracanes caribeños, histérico como los maridos cabrones, patalético como el más conspicuo actor del teatro griego, usaba los celos como acicate promotor de cada uno de esos estados y, como disculpa sicoanalítica en sus arrepentimientos, cuando pasaba la tempestad emborrachaba sus penas con tragos dulzones de ginebra inglesa. Por los celos, inventó enemigos y traidores donde nunca los hubo. Por los celos sobre sus empleados, sobre sus socios, sobre sus ujieres, decretó masacres, arruinó negocios y cometió injusticias sin límites. Pero por los celos consolidó una guardia pretoriana de sumisos y fieles servidores que no han dejado de rendirle vasallaje y que cada día que pasa, y sienten más la equivocada persecución de los gringos contra Guadalupe, saben que detrás de la resistencia sin igual de esa mujer tiene que estar él, quien desde alguna parte debe estar moviendo los hilos para que todo siga funcionando como lo concibió en sus momentos más lúcidos.

Nacido para no cansarse nunca —hiperquinético, lo llamarían los sicólogos de estos tiempos—, Ramsés



podía exhibir la resistencia de roble pamplonés de que hizo gala porque para todo tenía tiempo, hasta para decir no. Nadie le arrebató las ocho horas de sueño diarias, ya fuera de un solo tirón entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana, o con siestas estruendosas de hasta tres horas seguidas. Pocos osaron interrumpirle la ceremonia simplísima de tomarse tres tazas grandes de café humeante en el transcurso de la mañana, y los que lo intentaron, usando argumentaciones baladíes o reglamentaciones insulsas, no están vivos para contarlo. No importaba lo que estuviera haciendo o en qué sitio se encontrara, si era necesario sacaba de su mochila o de su maleta o de la bolsa que llevara el poquito de café, el colador y la olleta de aluminio donde calentaba el agua, y ay del que se riera de esa costumbre. Parecía un curtido bebedor de mate de la pampa argentina preparando sus menjurjes.

No era así para las comidas. Las tomaba a cualquier hora y de cualquier manera, y acaso por ello su obesidad fue *in crescendo*, y si no hubiese sido por las cantidades macrocósmicas de calorías que quemaba en las dieciséis horas de trajín diario, habría terminado como una bola de sebo. Comía cualquier cosa y no exigía requisitos en su preparación, porque «uno no puede pedir que le hagan bien lo que no sabe hacer», y ni cuando tuvo quien le cocinara mejor que Betsabé o cuando le tocó paladear los platos que la chillona capacidad arribista de sus congéneres les hacía servir en banquetes opíparos y en vajillas de príncipes austriacos, se sintió tentado a cambiar sus costumbres o a dejar de sentirse satisfecho con un sancocho de su tierra o un tamal corajudo.

Montañero irredento, admitió que la falta de plata en su juventud lo hizo lejano de metodologías y procederes de la gente culta, pero no se esforzó para contrarrestar esos efectos. De lenguaje chabacano, de gustos corronchos, amaba la fruslería, se engolosinaba con los brillos y claudicaba ante las representaciones porcelanizadas de las figuras humanas que nunca tuvo a su alcance. Como buen exponente de la traquetería nacional, prefería estar rodeado de gigantescas Capodimonti antes que de escuálidas Yadró, y se sentaba en sillas isabelinas costosamente adquiridas por brincones decoradores de interiores. Eso sí, nunca les dejó comprar, ni a Guadalupe ni a ninguno de los miembros de su clan, pinturas o esculturas o las obras de arte que todos los demás exportadores del polvo de los ángeles ansiaban adquirir para conseguir el estatus que no les daba la persecución gringa.

En casi todo era la negación del estándar del traqueteo de su época, porque ni se montaba en carros ostentosos ni hacía correr ríos de lava del permanente volcán en erupción en que convirtió su vida. Tampoco se alió con nadie para enviar un avión repleto de droga cuando inició su trabajo como exportador o para llenar un contenedor desde la cárcel y seguir ganando más plata que cuando estaba afuera. Solitario en esas y en otras actividades, no le quedó debiendo favores a nadie, no tuvo que compartir ninguna ganancia ni repartir ninguna culpa las muchas veces que se equivocó. Dotado de un egoísmo integérrimo, se bastó por sí solo para todo, y si lo hubiesen dejado asumir la defensa de su caso ante los tribunales, a fe que no se habría podrido en la

cárcel. Autodidacta pretencioso, mientras más pasaban los años y más se aislaba en la soledad de la celda, más sed de conocimiento se le despertaba y, con sus abogados o con la misma Guadalupe, y al final de su periplo carcelario con su hija Fátima, adquiriría centenares y centenares de libros para saciar esa sed de conocimiento que tenía, pese a las historietas de María Tudor o de Felipe II que su madre le recordaba haber oído de las monjas franciscanas.

Tartamudo por épocas, frenaba la velocidad desbocada con que pensaba repitiendo sílabas o palabras y volviendo a arrancar en la expresión de la idea. Cansado de gloria o inundado por la maldad de su poder, abrió las fauces de su ambición hacia otros lares, buscando acaso no desperdiciar ese borbotón de ideas y vigores que no los encerraba una cárcel o un desapego. Sus determinaciones, entonces, pasaron de ser absolutamente intuitivas en sus comienzos a profunda y metodológicamente racionalizadas al final de su existencia. Inmediatista como todos los colombianos, se sentía más seguro rumiando la derrota o construyendo la venganza que craneando sus actuaciones futuras. Exultante frente a quienes derrotaba, aletoso ante quienes lo dominaban, resultó siendo tan temido y tan obedecido que no dejó espacio para que lo quisieran. Ni siquiera Guadalupe, esclava fiel y madre de sus hijos, ni tampoco Betsabé, mientras vivió, tuvieron algún resquicio por donde llegar a quererlo. Confundido en su sicopatía, creía que era lo mismo costumbre que amor, cariño que gratitud. Aporreado por el desafecto, bufaba en la nuca como cualquier macho cabrío cuando necesitaba calor hu-

mano, pero tan solo conseguía obediencia o sumisión. Fuerte y vigoroso como los gorilas adultos, metódico e impactante como los elefantes africanos, debió haber tenido algún gen perdido de rinoceronte porque cuando atacaba lo hacía de frente y con tal furia que ni siquiera la extrema finura de su cuñado pudo evitarle los estruendosos estrellones que se dio contra el destino.

Unido umbilicalmente a su tierra y a su cañón del Garrapatas, no abandonó jamás la humedad pegajosa de sus nieblas vespertinas ni oteó más panoramas de los que podía concebir desde la escuelita de La Hondura, o divisar en medio de las nubes de la costa pacífica o desde la boca occidental de sus minas de oro de las selvas choconas. Pero desde esas latitudes, aferrado al recuerdo de los montes que sus hordas colonizaron y tumbaron con furia de antioqueños revividos, o pegado hasta tarde de la noche de los libros que le enseñaban lo que no pudo aprender en la José María Córdova, Ramsés Cruz aplastó tantos principios y valores, y aniquiló tantos obstáculos humanos y económicos de su panorama visual, que nadie parece recordarlo por lo que realmente fue y todos prefieren, encabezados por Guadalupe y Fátima: seguirle teniendo miedo todavía mientras disfrutaban de las arpagónicas arcas donde resumió, burlándose de la ley y de los gringos, de las oligarquías y de los políticos, todo un desbordado ímpetu de conseguir dinero.

